



Misa de la Cena del Señor - 2008

Jueves Santo

‘Los amó hasta el extremo’ (Jn 13,1). Con esta expresión, el evangelio de Juan presenta el gesto de humildad y servicio de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies de sus discípulos. También en la Eucaristía nos manifestó Jesús su amor ‘hasta el extremo’, hasta el don de su cuerpo y su sangre. Jesús nos ha dado muestra del amor más grande: el amor que tiene quien da la vida por sus amigos, para que tengan una vida tan abundante y plena, que sea anticipo y garantía de vida eterna.

En la Eucaristía, Jesús nos enseña la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios; y con esta verdad nos aclara el misterio del hombre, hecho a su imagen. Y el mismo Jesús se hace para el hombre la comida que más responde a su necesidad de verdad, amor y libertad. La Eucaristía es así el verdadero pan del cielo, el pan de vida que el Padre eterno da a los hombres, para hacernos participar de su vida divina y de la intimidad de su amor.

Jesús es el verdadero cordero pascual, que se ha ofrecido libremente a sí mismo por nosotros como sacrificio de la nueva y eterna alianza, hecha presente en cada celebración de la Eucaristía.

La institución de la Eucaristía sucedió en el marco de una cena ritual familiar, con la que se conmemoraba el acontecimiento fundamental del pueblo de Israel: la liberación de la esclavitud de Egipto. Aquella cena del Cordero pascual era conmemoración de un acontecimiento pasado, que no sólo se recordaba, sino que se hacía presente, y era, al mismo tiempo, anuncio de una liberación futura. En efecto, el pueblo había experimentado que aquella liberación no había sido definitiva, puesto que su historia estaba todavía demasiado marcada por la esclavitud y el pecado. El memorial de la antigua liberación se abría así a la súplica y a la esperanza de una salvación más profunda, universal y definitiva.

Al instituir el sacramento de la Eucaristía, Jesús da gracias al Padre no sólo por los grandes acontecimientos de la historia pasada, sino también por su propio sacrificio en la cruz y por la victoria de la resurrección. Así se revela como el verdadero cordero inmolado, previsto en el designio del Padre desde la fundación del mundo, como se lee en la *primera carta de San Pedro* (cf 1, 18-20). Situando en este contexto su don eucarístico, Jesús manifiesta el sentido salvador de su muerte y resurrección, que se convierten en el nuevo principio de renovación de la historia humana. Jesús, el nuevo hombre, criatura del Espíritu Santo en el seno de María, es el sacerdote perfecto que se ofrece a sí mismo como víctima en el altar de la cruz, en medio de las injusticias del mundo. Así surge el sacrificio de la nueva y eterna alianza, que abre la puerta a la esperanza a todos los dramas de la historia humana. Quienes participamos en este



Carlos López Hernández

sacrificio por la comunión del Cuerpo y la Sangre de Jesús, somos hechos en Él hombres nuevos, recreados a su imagen por el mismo Espíritu de Jesús resucitado, es decir, como una encarnación del amor de Dios, conocedores de nuestra identidad de Hijos de Dios, orientados sobre nuestro origen, camino y meta y, por tanto, salvados por la esperanza que pone en nuestros corazones la experiencia del amor de Dios.

Desde esta experiencia podemos confesar con gozo en cada Eucaristía que aquella forma de muerte en cruz, de por sí violenta y absurda, se ha transformado en Jesús en un supremo acto de amor y de liberación definitiva del mal para la humanidad. Por ello, acogemos con fe obediente y con firme esperanza el mandato de Jesús: “*Haced esto en conmemoración mía*” (cf Lc 22, 19; 1 Co 11, 25), dispuestos a ofrecernos con Él en cada actualización sacramental de su sacrificio redentor.

La propia historia personal salvada nos lleva a reconocer que la Eucaristía ha sido instituida para la edificación permanente de la Iglesia. Del costado traspasado de Cristo, dice Juan, salió sangre y agua (cf. *Jn* 19,34), símbolo de los sacramentos. Los Padres de la Iglesia han meditado mucho sobre la relación entre el origen de Eva del costado de Adán mientras dormía (cf. *Gn* 2,21-23) y de la nueva Eva, la Iglesia, nacida del corazón de Cristo, dormido en la Cruz. El contemplar « al que atravesaron » (*Jn* 19,37) nos lleva a considerar la relación entre el sacrificio de Cristo, la Eucaristía y la Iglesia, que nace y vive de la Eucaristía como esposa y cuerpo de Cristo. Por tanto, la Iglesia puede celebrar y adorar en la Eucaristía el misterio de Cristo porque el mismo Cristo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la Cruz. Él nos ha amado primero (cf *1Jn* 4,19). (Cf SC 14).

Hoy damos gracias al Señor por el sacramento del Orden sacerdotal, que nos ha sido dado juntamente con la Eucaristía. La relación necesaria entre ambos sacramentos se desprende de las mismas palabras con las que Jesús determinó el significado de la Eucaristía y, más particularmente, de su mandato a los apóstoles en el Cenáculo: “haced esto en conmemoración mía” (*Lc* 22,19). “En efecto, la víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo *el sacerdocio de la nueva Alianza*. Él es sacerdote, víctima y altar: mediador entre Dios Padre y el pueblo (cf. *Hb* 5,5-10), víctima de expiación (cf. *1 Jn* 2,2; 4,10) que se ofrece a sí mismo en la cruz. Nadie puede decir “esto es mi cuerpo” y “éste es el cáliz de mi sangre” si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sumo sacerdote de la nueva y eterna alianza (cf. *Hb* 8-9).” (SC 23).

Ante el grave problema que representa hoy día la escasa respuesta a la llamada de Dios al sacerdocio, es precisa la oración de toda la comunidad cristiana y la sensibilización de las familias, para que se abran con más generosidad al don de la vida y eduquen a los hijos en el seguimiento de Cristo y en la disponibilidad a escuchar su llamada al ministerio sacerdotal. (cf SC 25).

La Eucaristía es fuente de la vida de cada cristiano y de la Iglesia entera: es un misterio de fe que se ha de vivir. “Las palabras de Jesús *“El que me come vivirá por*



mi” (Jn 6,57) indican que **la vida cristiana ha de tener forma eucarística**, es decir, que el misterio creído y celebrado en la Eucaristía es principio de vida nueva en nosotros y forma de nuestra existencia cristiana como vida en Cristo. Las palabras de la carta de San Pablo a los Romanos expresan cómo la Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios: “*Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; este es vuestro culto razonable*”(Ro 12,1).” (SC 71).

“El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola: «Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Co 10,31)... La Eucaristía hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. Rm 8,29 s.). Todo lo que hay de auténticamente humano – pensamientos y afectos, palabras y obras – encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud... El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios.”(SC 71).

Para ello, los fieles cristianos necesitamos una comprensión más profunda de las relaciones entre la Eucaristía y la vida cotidiana. La Eucaristía se tiene que traducir en vida “según el espíritu” (cf Rm 8,4; Ga 5, 16.25) y en la necesidad de cambiar el modo de vivir y de pensar, según la enseñanza de San Pablo: “*Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto*” (12,2). La renovación de la mente es parte integrante de la forma eucarística de la vida cristiana y una exigencia permanente de nuestra coherencia eucarística, “*para que yo no seamos niños sacudidos por las olas y llevados al retortero por todo viento de doctrina*” (Ef 4,14). (cf SC 77).

La Eucaristía así vivida, en una vida con forma eucarística, es por sí misma un anuncio y un ofrecimiento de vida para el mundo. Con las palabras: “*El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*” (Jn 6,51), el Señor revela el verdadero sentido del don de la propia vida por todos los hombres y nos muestra también la íntima compasión que Él tiene por cada persona. “Los Evangelios nos narran muchas veces los sentimientos de Jesús por los hombres, de modo especial por los que sufren y los pecadores (cf. Mt 20,34; Mc 6,54; Lc 9,41). En cada celebración eucarística Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, que se ha convertido en comunión de sentimiento y voluntad. De ese modo, en las personas que encuentro, reconozco a hermanos y hermanas por los que el Señor ha dado su vida amándolos ‘hasta el extremo’ (Jn 13,1)... Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos: ‘dadles vosotros de comer’ (Mt 14,16). En verdad, la vocación de cada uno



Carlos López Hernández

de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo*". (SC 86).

La unión con Cristo, que se realiza en el Sacramento, tiene un carácter social; es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. "La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. *Ef* 2,14). Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. *Mt* 5,23- 24). Cristo, por el memorial de su sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. No hay duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón. De la celebración de la Eucaristía ha de nacer la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. (cf SC 89).

No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (cf. *St* 5,4). El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad. Menos de la mitad de las ingentes sumas destinadas globalmente a armamento sería más que suficiente para sacar de manera estable de la indigencia al inmenso ejército de los pobres.

Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. *Hch* 4,32) y ayudar a los pobres (cf. *Rm* 15,26). La colecta en las asambleas litúrgicas no sólo nos lo recuerda expresamente, sino que es también una necesidad muy actual. Las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular *Caritas* en sus diversos ámbitos, desarrollan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas. Estas instituciones expresan de forma concreta en la vida diaria el significado de la Eucaristía y merecen hoy nuestro reconocimiento y colaboración.(cf SC 90). Será una forma de cumplir el encargo el encargo de Jesús al lavar los pies: "Os he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis".

Catedral Vieja, 20 de marzo de 2008